

gritos, que á la verdad no han sido muy escuchados, y lamentarse sobre las ruinas de una escuela tan cara á sus amigos.

1710.

—El 29 de enero, Anna, reina de Inglaterra, encarga al clero anglicano tomar en consideraciones el estado religioso de su reino. Quejábanse desde muchos años á aquella parte en Inglaterra de la licencia de los escritos, y de los esfuerzos de un partido que parecia empeñado en arruinar los fundamentos de la revelacion. Ya habian visto la luz pública muchas obras favoreciendo el deismo. Débense colocar á su frente los del lord Shaftesbury, el cual habia bebido en las obras de Locke y de Bayle, y heredara su manera de pensar. Hase reunido sus escritos en tres volúmenes bajo el título de *Característicos*, y han gozado de gran reputacion en Inglaterra. Con todo algunas piezas contenidas en esta coleccion parecieron ya demasiado atrevidas y reprehensibles. Shaftesbury admite la entera indiferencia en materia de religion; habla con toda libertad del Antiguo y Nuevo Testamento; pretende que el Evangelio ha sido alterado por el clero, que los milagros no prueban nada, y que los magistrados deben establecer el dogma. Así es que no quiere sino una religion sometida á las órdenes del

Estado, y una revelacion entendida á su manera. Aisla enteramente la virtud de la religion, no mirándola sino como un sentimiento y un instinto. Rebelárase sobre todo contra el dogma de la eternidad de las penas, y agota, para deshacerse de él, los razonamientos, los giros y la ironía. Leland no ha introducido en la lista de los escritores deistas de su pais á todos los que tenian derecho á estar inscritos en ella, y sin embargo no ha podido dispensarse de dar un lugar á Shaftesbury, presentándole como enemigo diestro y moderado, si se quiere, pero enemigo manifiesto de los dogmas generales del cristianismo. Por los mismos dias otros escritores atacaban tambien desembozadamente el misterio de la Trinidad. El mas famoso de entre estos es Whiston, ministro anglicano, que abrazó el arrianismo, y propagó con ardiente celo esta doctrina. A lo que parece aspiraba á ser su restaurador ó su martir. Buscábase prosélitos en todas partes, y fatigó el público con escritos preñados de este objeto. La orden de la reina Anna, de la cual hemos hablado, se dió precisamente por él. En 1711 condenó el clero anglicano sus obras, especialmente una, de la cual se censuraron trece proposiciones contrarias á la Trinidad. Hallábase entonces la Inglaterra combatida por las disputas acaloradas de dos partidos igualmente aferrados en su respectiva opinion. Como estas disputas están fuera de nuestro propósito no entraremos en sus pormenores, pues no damos la his-

toria de las comuniones protestantes, sino solamente la de la Iglesia y de la religion en general. Limitámonos á sacar de la historia de las iglesias protestantes los hechos directamente relacionados con los intereses comunes del cristianismo, y hemos considerado como especialmente sujeto á nuestro dominio los ataques dirigidos contra la revelacion. Y bajo este punto de vista debe mirarse el artículo actual y los que parecieren al primer intuitu estraños á nuestro plan, al paso que en realidad están asociados á él de una manera muy inmediata. Así que, durante el curso de esta obra, tendremos particular esmero en señalar los acontecimientos que interesan los fundamentos del cristianismo, ora se hallen en el seno de la Iglesia, ora se hallen fuera de él. Los disturbios que acontecieron en Inglaterra en 1710, á la ocasion del proceso de Sacheverell pudieron conceptuarse unidos á nuestro objeto por mas de un lazo. Ellos dieron margen á la publicacion del folleto de Collins; ellos sirvieron de pretesto á los rigores contra los católicos, los cuales recibieron la orden de salir de Londres; ellos en fin prueban la falsedad de la alegacion de Voltaire, quien, despues de haberse burlado de nuestras disputas, quiere dar á entender que hay mucha mayor discrecion en Inglaterra; y que no se ven nunca en este pais, especialmente sobre objetos de religion, tan acaloradas controversias. El proceso de Sacheverell dió lugar, al contrario, á las escenas mas ruidosas, y todos los tres

reinos se inflamaron con motivo de un sermón, dado hoy dia al olvido, y que lo merece en verdad. El clero anglicano trazó al mismo tiempo un cuadro del estado de la religion. Representó en él con mucha fuerza los progresos del deísmo, y hasta del ateísmo, segun el mismo clero. Poco tiempo despues sucedieron á estas otras disputas, por quanto Clarke escitó el celo del clero anglicano con sus escritos contra la Trinidad. Procedióse contra él; mas se esplicó, pareció abandonar su doctrina, y prosiguió con todo propagándola. Gracias á sus cuidados y á los de otros muchos unitarios celosos, el arrianismo se grangeó partidarios favoreciendo indudablemente este error anticristiano al partido que trabajaba á la sazón en Inglaterra para derrocar el edificio de la revelacion.

— El 15 de julio, ordenanza ó instruccion pastoral de los obispos de Luzon y de La Rochela, en que se condenan las *Reflexiones morales*. Los SS. de Lescure y de Champflour habian concertado entre sí esta ordenanza. Estaba dividida en dos partes, de las cuales la primera y mas importante estaba destinada á hacer ver que las cinco proposiciones se encontraban claramente en Jansenio, y habian sido todas renovadas por Quesnel. Luego que esta ordenanza se dejó ver en La Rochela, el impresor, para procurarse su venta, la hizo anunciar en las principales ciudades del reino. Envió ejemplares á París, donde su corresponsal la fijó en todos los lugares en que ordinariamente se pone

esta suerte de anuncios, y particularmente á la puerta del arzobispo. Aseguróse que esto se hizo sin designio, y que aquellos á quienes se encarga ordinariamente fijar estos carteles los pusieron naturalmente en todas las partes donde tenian costumbre de ponerlos. Sin duda se consultó mas en esta ocasion el uso que la conveniencia; porque era poco cortés fijar á la puerta del cardenal de Noailles la condena de un libro que habia aprobado: así es que se mostró muy ofendido. Esta aventura le pareció un insulto que no debia tolerar, y es probable que los que le rodeaban no buscaron el medio de calmar su resentimiento. Muchos amigos de Quesnel estaban acogidos en casa del arzobispo, algunos tambien gozaban de su confianza, y formaban su consejo. Demasiado se advertirán los pasos en que precipitaron despues al cardenal. En esta ocasion hizo despachar del seminario de San Sulpicio á dos sobrinos de los dos obispos. Acusaba á estos jóvenes de haber presidido á la fijacion de los carteles. Los SS. de Lescure y de Champflour escribieron al rey, quejándose de esto, y lo hicieron con vivacidad. Decian en su carta que en casi todos los tiempos los obispos de las ciudades imperiales habian protegido el error: semejante baldon hirió en lo vivo al cardenal; este pidió justicia. El rey creyó que efectivamente tenia derecho de obtener alguna satisfaccion, y los dos obispos, segun dicen, se mostraban dispuestos á ello, cuando M. de Noailles con un hecho estrepito-

oso alejó todo acomodamiento. El 28 de abril de 1711 publicó una ordenanza contra la Instruccion pastoral de los dos preladados. En ella decia que muchos eclesiásticos de su diócesis se le habian quejado de esta Instruccion, y le habian hecho observar que ella favorecia una de las proposiciones de Jansenio y dos de Bayo, que ademas autorizaba la relajacion de la moral..... Prohibia, pues, leerla ó guardarla. Se levantaba tambien contra M. de Malissoles, obispo de Gap, que acababa de condenar el libro de Quesnel. Por otra parte M. Hebert, obispo de Agen, y M. Tomasin, obispo de Sisteron, parecian pensar como el cardenal. Así que (dice un historiador) los mismos jueces de la fe parecian divididos, y su desunion no anunciaba cosa que no fuese funesta á la Iglesia. El proceder del cardenal era una declaracion de guerra. El rey le mandó decir que, supuesto que él mismo se habia hecho justicia, podia dispensarse de parecer á la corte hasta nueva orden. Sin embargo se negoció bien pronto un acomodamiento: pero no salió bien. El cardenal de Noailles no pudo resolverse á abandonar un libro que habia cubierto de elogios, verosimilmente poco meditados. No obstante parece que dudaba algunas veces. Se tiene de él una carta impresa al obispo de Agen, carta que él mismo envió de Roma por aquel tiempo, y en la cual decia: « No, yo no he vacilado en decir á todos los que han querido oirlo, que jamas se me veria poner ni sufrir la division en la Iglesia por un libro sin el

cual puede pasar la religion. Si N. S. P. el Papa juzgase á propósito censurar este libro segun la debida forma, yo recibiria su constitucion y su censura con todo el respeto posible, y seria el primero en dar ejemplo de una perfecta sumision de entendimiento y de corazon. » Una promesa tan precisa hizo pensar que desde que hubiese hablado el Papa se verian todos los sentimientos reunirse al suyo. El cardenal de la Tremouille, encargado de los negocios del rey cerca de la santa Sede, tuvo orden de pedir una constitucion sobre el libro de Quesnel, y de pedirla tal que no se pudiese pretestar la forma para no recibir el fondo. Al mismo tiempo el rey por un decreto de su Consejo de 11 de noviembre de 1711 prohibió la venta y la reimpresion de las *Reflexiones morales*. Se hubiera deseado que el cardenal de Noailles se aprovechase de esta abertura para revocar su aprobacion : pero no pudo resolverse á ello : no quiso ver en todo lo que se hacia contra el libro sino una conspiracion contra sí mismo. El diario del abate Dorsanne, su vicario general, muestra hasta qué punto llevaba sus sospechas : por todas partes descubria intrigas formadas contra sí, y en esto hacia entrar todo lo que en la corte habia de mas piadoso y de mas respetable, el Delfin, los duques de Beauvilliers y de Chevreuse, y tambien M. de Fenelon, cuyo alejamiento por toda suerte de cabalas felizmente es conocido. Los jesuitas eran tambien el objeto de la desconfianza del receloso prelado : por todas

partes los veia, y de todo los acusaba. Una carta sorprendida en el mismo tiempo, y que le fué presentada, le pareció una prueba evidente de un complot formado para perderle : escribió al rey denunciando á los jesuitas, y particularmente al P. Le Tellier, confesor del príncipe, tambien los denunció al Papa, y retiró sus poderes á la mayor parte de ellos.

1711.

— El 17 de abril, muerte del emperador José I. Reinando estaba este príncipe desde 1705. Habíale educado Carlos-Teodoro-Othon, príncipe de Salm, señor tan distinguido por sus conocimientos como por su celo en favor de la religion católica, el cual, siendo ministro de Estado, se condujo constantemente en política como cristiano ; pidió repetidas veces su retiro para no ocuparse sino en su salvacion, y obtuvo finalmente lo que deseaba, retirándose á Aquisgran, donde murió á 10 de noviembre de 1710, despues de haber pasado el resto de sus dias orando y haciendo buenas obras. Lloráronle los pobres, de quienes era el sosten, y las iglesias de Aquisgran, á las cuales habia prodigado sus beneficios. Sucedió José en el trono imperial á su padre Leopoldo I, y adoptó en todo y por todo su política. Dícese que trataba con mucha altivez á los príncipes de Ale-